

“La mayor parte de mi carrera ha sido solo, buscándome a mí mismo”

Igor Yebra repasa en exclusiva para DANTZAN su trayectoria y sus nuevos horizontes profesionales

IRATXE DE ARANTZIBIA

Inspirada en la ópera “El príncipe Igor” de Alexander Borodin, la premonición de su madre para escoger el nombre de su tercer hijo resultó proverbial. Aunque en sus deseos infantiles anheló ser portero del Athletic, lo cierto es que el camino profesional de Igor Yebra iba a ser otro. Con tímidos contactos con la danza desde siempre pues sus padres habían bailado de forma amateur en el Ballet de la ABAO, no se lo tomó en serio hasta los trece años. Poco después, debutó con el Ballet de Víctor Ullate (1987-1996), etapa que concluyó poniendo un pie en las antípodas, con The Australian Ballet (1997-1999). De forma freelance, Yebra continuó su carrera con invitaciones de compañías de todo el orbe, aunque posteriormente disfrutó de una etapa de mayor estabilidad gracias a las invitaciones permanentes del Ballet de la Ópera de Roma (2002-2012) y el Ballet de la Ópera de Burdeos (2002-2016), donde alcanzó la máxima categoría existente: étoile, es decir, estrella. En 2004, protagonizó un gran hito del ballet mundial: ser el primer bailarín no ruso en interpretar “Iván el terrible” de Yuri Grigorovich en el Palacio del Kremlin. Con casi tres décadas de laureada y premiada trayectoria a sus espaldas, en 2016 se retiró de Burdeos para abrir una nueva etapa profesional. Quién sabe si la escuela que inauguró en su Bilbao natal hace diez años sea su nuevo horizonte. No busca ser ejemplo de nada, huye de los estereotipos y es consciente de lo “surrealista” de su carrera, a sus cuarenta y tantos años –evita desvelar su edad-, Igor Yebra habla sin tapujos y con una dosis de sinceridad poco habitual, de toda su trayectoria profesional.

¿En qué momento de su carrera se encuentra?

Estoy en una nueva fase de mi carrera que pueden ser muchas cosas o puede ser nada. No puedo concretar más porque hay campos abiertos que hay que ver por dónde fluyen. Hay pocos bailarines que hayan sabido hacer transiciones y esto es otro momento de evolución. No puedo pretender bailar ahora lo mismo que bailaba hace diez años, porque no me interesa. Cuando yo hacía las funciones, siempre pensaba que quizás podía ser la última vez que hiciera ese espectáculo. Para qué te voy a contar el plan si igual no estoy mañana. Me gustaría hacer cosas diferentes, adecuadas a lo que puedo hacer de calidad. Uno de los motivos de abrir la escuela era tener libertad y así me estaba quitando una presión de encima. La mayoría de los bailarines no piensan en después qué. Sé que no hay un mañana seguro, pero si lo hay, algo tienes que tener planificado.

Si de algo está satisfecho es de los diez años de la apertura de su escuela de ballet en Bilbao.

Son diez años y cuando empieza la mayor crisis que se recuerda, se abre una escuela que, además, sólo hace danza. O sea, que es una cosa totalmente prescindible para los padres. Que durante diez años el rendimiento de la escuela no haya bajado y se haya mantenido muy bien, ahí tienes el balance. Que luego haya niños que hayan salido y estén trabajando fuera, estupendo, pero no son éstos los que más me preocupan. Me preocupa hacer que la sociedad cambie su mentalidad hacia la danza y eso se va a hacer a través de los que no van a bailar. Quiero que sea una escuela para todos, para que a nivel social hagamos algo

ENTREVISTA IGOR YEBRA

diferente. Ésa es mi aportación a mi sociedad, a mi ciudad. Creo que eso es más importante que aportar un bailarín increíble y maravilloso.

Yendo al pasado, ¿cuál fue su primer contacto con el mundo de la danza?

La primera experiencia en un escenario fue en el colegio en 6º de EGB, en un grupo de teatro. Interpretamos la obra de “Los hombres grises” en el teatro de Salesianos y yo era el agente XYQ 384. Al día siguiente, tenía 39,5ºC de fiebre. Fue una tensión... algo mágico pasó allí. Como bailarín, siempre he dicho que he sido más actor que técnico. Y la primera experiencia como bailarín agarrado a una barra fue en el colegio público Villar Palasí. En aquellos momentos, estaba muy, muy, muy lejos de ser un bailarín. Yo lo que iba a ser era un deportista. Era el portero y capitán del equipo de fútbol, y mi madre, que daba clases de ballet en el colegio, me pidió que fuéramos un día. Les convencí a algunos para que fueran, hicimos la clase y no repitió ninguno el segundo día lógicamente (ríe). La que iba para bailarina era mi hermana y el que luego fue director del Ballet de Euskadi le animó a llevar a su hermano a clase. Me llevaron a “El Corte Inglés” para comprarme algo adecuado para hacer las clases, me dejaron escoger y escogí unas mallas y un maillot rojos. Como debían tener tantas ganas, nadie me dijo que eso no era lo más apropiado. Ahí me planté yo y me pareció fascinante desde el primer día: desde entonces hasta hoy.

¿Existían prejuicios en los 80 cuando un chico deportista quería ser bailarín?

Si existen prejuicios ahora, imagínate hace todos esos años atrás. Todo el mundo se puede imaginar cómo fue. Por una época, además, fui el único chico con padres separados, con lo cual, imagínate todas las cosas raras que ocurrían en el mismo momento. Yo soy como soy y en el momento en el que decidí que quería bailar, yo quería bailar y nada me lo iba a impedir. Y sí, ocurrieron cosas muy graves que los niños hicieron sobre mí, y eso que yo tenía la suerte de ser el más alto y éramos un icono, una marca de la clase, un líder entre comillas. Había mucha gente que te tenía envidia y aprovecharon para atacarte más todavía. Cosas muy graves, pero no eran culpa de los niños, sino de los padres, porque los niños no hacen las cosas si no lo han recibido de una manera educacional. ¿Qué ha quedado de aquello...? Que yo no tengo amigos del colegio.

También tuvo un breve contacto con el germen de lo que luego fue el Ballet de Euskadi.

Estuve ahí muy poco tiempo y no me puedo decir que formé parte de algo, aunque sí participé en el primer espectáculo de lo que fue el Joven Ballet de Bilbao, antes de llamarse Ballet de Euskadi. Además fue el Teatro Campos y hacía del chico gracioso que hacía sus pinitos por ahí durante la obra, y también hice el paso a cuatro de los campesinos en “Giselle”. Fue poco pero muy intenso. Aquello era una especie de secta, lógicamente eso me afectó y tuve la suerte de que mis padres se dieron cuenta y me sacaron de ahí corriendo.

¿Cómo apareció la escuela de Víctor Ullate en su vida?

Mis padres se asustaron con lo que vieron de dónde estaba yo y entonces me quisieron sacar de ahí. Yo no quería salir lo más mínimo porque pensábamos que estábamos en el mejor sitio del mundo. Miraron qué era en esos momentos lo mejor que había en España y era en la escuela de Víctor Ullate¹. Tuvimos una pelea salvaje desde las ocho hasta las cinco de la madrugada. Me encerraron en casa y yo me quería escapar. Finalmente, di mi brazo a torcer y puse una sola condición: que yo iba a ir, iba a probar y que si no me gustaba, yo volvía y me tenían que dejar ir adonde yo quería. Fue una de las pocas veces que mi padre entró en casa después de la separación. La pareja de mi madre, Carlos, cogió el coche y me

¹ Víctor Ullate (Zaragoza, 1947), bailarín del Ballet du XXè siècle de Maurice Béjart, primer director del Ballet Nacional de España Clásico (actual Compañía Nacional de Danza), coreógrafo y director de su propia compañía de ballet.

ENTREVISTA IGOR YEBRA

metieron directamente en él. Llegamos a la escuela de Víctor Ullate, y cuando me vi rodeado de mucha más gente -también había chicos de mi edad- y les vi que tenían un nivel mucho mejor que el mío, se me abrieron los ojos inmediatamente. A mí me impactó toda la puesta en escena y todo. Al final lo manejaron de tal manera que desde ese momento, me quedé en Madrid y no volví hasta un mes y medio después que terminaron las clases. Pero ya mi cerebro había cambiado y evolucionado completamente. Es curiosa la historia.

Teatro Arriaga, 28 de abril de 1988, la primera función del Ballet de Víctor Ullate, ¿qué recuerdos tiene?

Para mí, hay fechas de las cuales tengo muchos más recuerdos que de ésta, aunque para Víctor Ullate será una fecha muy importante. Todo esto ocurrió en una transición de tiempo espectacular: llegué a donde Víctor Ullate y a los dos meses, él estaba formando una compañía y a mí me metieron a trabajar en la compañía. Allí había niños que llevaban haciendo ballet desde los 7-8 años que me llevaban una ventaja abismal, y yo llevaba haciendo ballet desde los 13 y tenía que quemar etapas mucho más rápidamente: tenía que trabajar como un animal y no tenía conocimientos de danza. Realmente, mi aprendizaje ha sido en los escenarios, por lo que mi carrera es totalmente surrealista en ese aspecto. Por eso, siempre digo que sí, yo pertenezco a Víctor Ullate, pero yo no soy un producto de Víctor Ullate como fueron luego los otros que empezaron en la escuela. Soy un verso aparte, lo que no quiere decir ni que seas mejor ni peor; es totalmente diferente.

El entonces director del Arriaga, Luis Iturri, jugó un papel muy importante.

Una cosa que sí que debo subrayar es que Luis Iturri², director del Teatro Arriaga, fue quien creyó en esa compañía. Me acuerdo de verle en el primer ensayo que se organizó para la prensa y para él. Aquello sí que era más impactante: tener a personas importantes ahí viéndote y que tú les veas, porque no era en un escenario. Luis Iturri fue una persona muy especial para mí, porque aparte de ser el primero que creyó en la compañía, también fue el primer que creyó en mí.

De Madrid se fue a las antípodas, a The Australian Ballet.

Yo no soy un bailarín técnico, de ponerme en la clase y guau. Soy un bailarín que todos los que me han invitado ha sido porque me han visto bailar antes. Ahí sí que he causado sensación. En el jurado del concurso de Maya Plisetskaya había gente importante y estaba el nuevo director de The Australian Ballet, Ross Stretton³. Me vio, se quedó fascinado y me invitó a bailar allí. Fue una experiencia increíble, porque el Australian Ballet es de las mejores compañías del mundo, con unas producciones increíbles y un gran nivel económico, aunque es desconocida para nosotros por estar en las antípodas.

Tras abandonar Australia, se sumergió en una vorágine de invitaciones con compañías de todo el mundo. ¿No es atípico desarrollar una carrera como bailarín freelance?

Llevar la carrera como la he llevado, sé que poca gente puede hacerlo, no por calidad, sino por el nivel psicológico. ¿Por qué? Porque tienes que tener una disciplina, porque estás tú solo. He trabajado más veces solo que con gente y eso es muy duro. Cuando estás rodeado de gente, te motiva. La mayor parte de mi carrera es así: solo, buscándome a mí mismo.

² Luis Iturri (Sevilla, 1944- Bilbao, 1998), actor y director teatral. Fundador del grupo Akelarre y director del Teatro Arriaga de Bilbao.

³ Ross Stretton (Canberra, 1952-Melbourne, 2005), bailarín de The Australian Ballet, Joffrey Ballet y American Ballet Theatre. Además, fue asistente a la dirección del American Ballet Theatre, y director artístico de The Australian Ballet de 1997 a 2001 y de The Royal Ballet de 2001 a 2002.

ENTREVISTA IGOR YEBRA

Porque cuando tienes los momentos de bajón y los momentos donde no había trabajo que tenías que buscarte tú la motivación, tienes que seguir trabajando todos los días. Eso es tela.

Siempre ha demostrado su predilección por la cultura y el ballet rusos.

Tengo la suerte de haber trabajado principalmente en los tres países que son la cuna y el porqué de la danza clásica: Italia, Francia y Rusia. Encima en esos tres países he estado apadrinado por tres personas que son baluarte de eso. No soy de los de decir he hecho esto o aquello, pero es para hacérselo pensar: no solamente siendo guapo se consiguen esas cosas. Si me fui a las antípodas, imagínate con una cosa que yo amo y adoro como Rusia. En eso, los rusos han sabido leer más y mejor en mí que el resto. Y Lorca Massine⁴, el que más, porque me dijo: “tú estás en un cuerpo de príncipe, pero hay un alma de salvaje en tu interior”. Es cierto: el estereotipo, mi figura, es el príncipe; mi interior es el contrario. Eso es más duro cuando estás encerrado en el cuerpo de un príncipe de Walt Disney.

No defraudar a tres iconos del ballet -Carla Fracci, Charles Jude y Yuri Grigorovich- ha sido un reto importante para usted, ¿por qué?

Son personas que el día que desaparezcan, pasan a formar parte del Olimpo de los dioses de la danza. Cuando personas así confían en ti, te dan trabajo, cariño y admiración, son todo. Cuando miras la danza como una vocación, son como padres para ti. Tú no puedes decepcionar a esas personas, porque han tenido una confianza ciega y absoluta en ti. Carla Fracci⁵, he comido con ella, en su casa, he bailado con ella -ella ya muy mayor-, me ha invitado continuamente a la Ópera de Roma... Quien conoce cómo funciona la burocracia en Italia, hacerlo de esa manera significa todo lo que ha apostado por mí, porque cuando en un momento de mi carrera hubo un impasse en el que yo iba a dejar de bailar, recibí una llamada para ir al mes siguiente a bailar en Roma. Eso cambió mi vida: de haberlo dejado todo a volver.

Cuando hablamos de Charles Jude⁶, hablamos de una estrella de la Ópera de París, el heredero directo de Rudolf Nureyev⁷, una de las personas más importantes de la danza en Francia. Él dirigía Burdeos y a la semana siguiente de la llamada de Roma, recibí un mensaje: “hola, soy Charles Jude. Ven a Burdeos mañana”. Lo primero que me ofreció fue una cosa simbólica para los franceses: bailar “Ícaro”, un ballet de Serge Lifar⁸ que sólo está en el repertorio de las Óperas de París y de Burdeos. Imagínate cuán difícil es bailar ese ballet. Como soy muy fanático de las cosas históricas, no hay cosa más fácil para convencerme que ponerme un caramelo de éstos. Con Charles, cosas impresionantes: la libertad que me ha dado, la pelea durante todos estos años porque yo quería dejarlo y él no quería.

⁴ Lorca Massine (Nueva York, 1944), bailarín y coreógrafo, hijo del componente de los legendarios Ballets Rusos, Léonide Massine.

⁵ Carla Fracci (Milán, 1936), emblemática bailarina clásica italiana fue directora del Ballet de la Ópera de Roma de 2000 a 2010.

⁶ Charles Jude (Mỹ Tho, Vietnam, 1953), étoile del Ballet de la Ópera de París y director del Ballet de la Ópera de Burdeos desde 1966.

⁷ Rudolf Nureyev (Irkutsk, Unión Soviética, 1938- Levallois-Perret, Francia, 1993), considerado uno de los mejores bailarines clásicos del siglo XX, fue director del Ballet de la Ópera de París de 1983 a 1989.

⁸ Serge Lifar (Kiev, 1904-Lausanne, 1986), bailarín y coreógrafo de los Ballets Rusos, posteriormente fue director del Ballet de la Ópera de París hasta su salida en 1957.

ENTREVISTA IGOR YEBRA

En tercer lugar, Yuri Grigorovich⁹. Para él, su obra cumbre es “Iván el terrible”. Te invita a bailar en Moscú, en el Kremlin, 6000 personas; nunca un bailarín no ruso ha hecho esto en Rusia; encima te ponen a ensayarlo con Vladimirov¹⁰ que es quien creó el papel. Si a eso le añades, que el día que llegas, te llevan a su casa y te encuentras a su mujer, una bailarina increíble - Natalia Bessmértnova¹¹-, que te estás comiendo unos huevos fritos en su cocinita. A esos huevos fritos, tú no puedes decepcionarles (ríe).

El ballet tiene vínculos con la danza tradicional y usted también.

Hice un espectáculo con Korrantzi y Oinkari. Había gente que tenía buen nivel. Incluso bailé el auresku en mi boda (ríe). La danza vasca es importantísima dentro de la evolución del ballet clásico, porque hay pocas danzas tradicionales o regionales que en el ballet clásico tengan los pasos con nombres y apellidos: pas de basque, saut de basque, grand pas de basque. Eso ya está indicando que son pasos de las danzas vascas evolucionados y estilizados. Toda su lógica porque los coreógrafos de aquella época eran algunos vascofranceses, que tuvieron el honor y la deferencia de darle nombre y apellidos. También hay pasos de ballet clásico que se nutren de las danzas tradicionales y regionales de muchos países. ¿Por qué? El ballet clásico escoge lo que más le interesa y lo integra.

Después de casi tres décadas de trayectoria profesional, ¿cómo ve la situación de la danza en Euskadi?

Va evolucionando poco a poco. No al nivel y a la velocidad que a mí me gustaría, porque pienso que sería la adecuada pero yo lo miro desde una perspectiva internacional. Se han hecho muchas cosas. Mira cómo estábamos hace 30 años y mira cómo estamos ahora. Se han dado pasos, pero cuando sales fuera a países donde la danza está consolidada, te das cuenta que nos queda mucho camino por recorrer.

⁹ Yuri Grigorovich (Leningrado, Unión Soviética, 1927), bailarín, coreógrafo y director del Ballet del Teatro Bolshoi de 1964 a 1995. Coreógrafo, entre otros, de “Iván el terrible” y “Espartaco”.

¹⁰ Yuri Vladimirov (Vladimir, Kosteryovo, Unión Soviética, 1942), primer bailarín del Ballet del Teatro Bolshoi y creador del papel original de “Iván el terrible” en 1975.

¹¹ Natalia Bessmértnova (Moscú, 1941-2008), fue primera bailarina del Ballet del Teatro Bolshoi durante tres décadas.